

Bioética y progreso científico

Á. Sánchez-Palencia Martí

Planteamiento de la cuestión

En los umbrales del tercer milenio de la Era cristiana, la humanidad tiene planteados una serie de problemas y retos cuya solución y realización requieren urgentemente un cambio de mentalidad. Sólo un cambio en el modo de pensar puede orientar al hombre en la encrucijada decisiva de la Historia que nos ha sido dada vivir. Y ese cambio de mentalidad exige, en primer lugar, vencer la ignorancia. No me refiero a lo que no se sabe, que es siempre ilimitado; sino a lo que no se sabe y habría que saber; es decir, a «la (ignorancia) que procede de negligencia en aprender e inquirir lo que puede y debe saberse» –según define tajante el *Diccionario de la Lengua Española* la *ignorancia supina*–. En concreto, pienso en la ignorancia del pasado, que hace vano cualquier intento, por noble que sea, de construir eficazmente el presente y proyectar con sagacidad el futuro. Si me preguntasen a quemarropa en qué consiste el mencionado cambio de mentalidad necesario, respondería: en el redescubrimiento del núcleo creador de la cultura occidental, en volver a dar el paso del mito al logos que ya recorrieron los griegos. Urge dar ese paso, que lo demos precisamente nosotros, las generaciones presentes, a quienes nos ha correspondido la responsabilidad histórica de iniciar un nuevo milenio, que no será en rigor «nuevo» por el mero hecho de que la Tierra gire sobre sí misma mientras

recorre su órbita alrededor del Sol, según miden nuestros relojes y calendarios.

El poder sobre el poder

Es indudable que el desarrollo de la ciencia y la técnica científica ha alcanzado en el siglo XX cotas difíciles de imaginar, incluso en el espacio de una vida singular. El paso de la «ciencia-ficción» a la «realidad» puede ser admirado en los tiempos que corren, no ya por la humanidad, sino por un solo hombre a lo largo de su corta existencia temporal. Nosotros, en nuestra vida, hemos asistido a logros inverosímiles que, sin embargo, han pasado a formar parte de nuestro día a día, y con los que nos hemos familiarizado de tal manera que nos resulta «imposible» concebir nuestra vida sin ellos. Pienso, por ejemplo, en artefactos como el teléfono móvil o tantos otros. El desarrollo técnico ha sido y es deslumbrante en todos los ámbitos del saber positivo y, singularmente, en el ámbito de las ciencias de la vida y de la salud, que han permitido aumentar considerablemente la expectativa y la calidad de vida del hombre occidental. Tan sólo por citar uno de los descubrimientos más llamativos y conocidos de los últimos años, quiero referirme a la tecnología que se ha denominado clonación. Clonar quiere decir generar estructuras genéticamente idénticas. El término clonación se aplica en el ámbito de la biología molecu-

Palabras clave: Bioética. Cientismo. Dignidad del hombre. Derecho natural y derecho positivo.

Fecha de recepción: Julio 2001.

Seminario Médico

Año 2001. Volumen 53, Número Especial. Págs. 115-122

lar desde hace mucho tiempo. Sin embargo, en febrero de 1997 la palabra *clonación* saltó desde los libros y artículos especializados a los titulares de los periódicos de todo el mundo, incorporándose al lenguaje vulgar. En aquella fecha, el Dr. Ian Wilmut publicaba en *Nature* el nacimiento en el Instituto Roslin de Edimburgo del primer mamífero superior clónico a partir de una célula somática: la oveja *Dolly*. La revolución del experimento fue el hecho de que el material genético que se empleó para obtener a *Dolly* no procedía de una célula embrionaria —lo cual era ya algo logrado por la ciencia—, sino de una célula somática adulta. Con la clonación de esta oveja tomó fuerza la posibilidad de extrapolar el experimento a la especie humana y se abrió un debate ético importante en el que muchas voces se alzaron en contra de esta siniestra posibilidad, incluidas las del Dr. Wilmut y su equipo. Desde entonces, se han establecido dos objetivos para una posible clonación humana: uno reproductivo y otro terapéutico. Este y otros debates semejantes pusieron una vez más sobre el tapete la ambivalencia de la técnica científica. «Ante el creciente poder manipulador de la vida humana por parte de muchos científicos se puso al rojo vivo la cuestión de fondo sobre si todo lo que es técnicamente posible puede ser éticamente justificable. La bioética se perfiló así como la disciplina ética encargada de mantener vivo el sentido de responsabilidad frente a las intervenciones biomédicas en el concepto más extenso de la palabra» (1).

¿Qué es la bioética? Etimológicamente, ética de la biología y de la vida. Según la *Encyclopedia of Bioethics*, «el estudio sistemático de la conducta humana en el ámbito de la ciencia de la vida y del cuidado de la salud, en cuanto esa conducta es examinada a la luz de los valores humanos y de los

principios». Según otras fuentes, aquella parte de la filosofía moral que considera la licitud o ilicitud de las intervenciones sobre la vida del hombre y, de modo particular, de las intervenciones relacionadas con la práctica y el desarrollo de las ciencias médicas y biológicas.

Tanto en el ámbito biomédico, como en todos los demás saberes positivos, el desarrollo científico y tecnológico ha puesto en manos de la humanidad un inmenso poder. Algunas experiencias próximas, especialmente durante el sombrío siglo XX, han puesto de manifiesto la ambivalencia de ese poder: la I y II Guerra Mundial, las catástrofes nucleares, civiles y militares, la destrucción del medio ambiente, el uso abusivo de las modernas redes de comunicación o de la biotecnología... Estos y otros hechos incontrovertibles nos han hecho caer en la cuenta de que ciencia y técnica no son absolutamente neutras. «Una analogía puede ayudar a entender lo que pasa: la ciencia se parece a la búsqueda de genios embotellados de los cuentos orientales; la tecnología a los deseos que se les piden luego. Subrayemos dos puntos de la comparación: esos genios suelen ser imprevisibles —pueden ser benévolos o maléficos y volverse contra sus liberadores— y, una vez que han salido, es imposible volver a embotellarlos» (2).

En esta encrucijada de la Historia a la que me refería en el planteamiento de la cuestión, un reto trascendental se perfila en el horizonte inmediato de la humanidad: ciencia y técnica han dotado al hombre de un inmenso poder, pero ¿quién ostenta el poder sobre ese poder? (3).

Las instancias de poder

Dos son, a lo que se me alcanza, las instancias fundamentales que ostentan el poder sobre el poder; a saber, la ley y la conciencia

(1) BLÁZQUEZ, N.: *Bioética. La nueva ciencia de la vida*, B.A.C., Madrid, 2000, pág. 7.

(2) FERNÁNDEZ-RAÑADA, A.: *Los muchos rostros de la ciencia*.

(3) Cf. GUARDINI, R.: *El fin de la Modernidad*, PPC, Madrid, 1995, pág. 107 y sigs.

moral de la persona humana. Ante los riesgos e incertidumbres que entrañan los conocimientos científicos y en especial las aplicaciones que de ellos pueden derivarse por sus implicaciones de orden legal, ético y social, las diversas instancias legislativas nacionales y supranacionales han desarrollado abundante legislación positiva encaminada a regular la legalidad o ilegalidad de determinadas prácticas. Lejos de coincidir en sus directrices, los diversos ordenamientos jurídicos contemplan normas contradictorias unas respecto a otras. Se trata de la lógica consecuencia de la disociación entre el derecho natural y el derecho positivo que ha caracterizado la Historia del Derecho en la Modernidad, y el triunfo de hecho de las posiciones positivistas frente a las iusnaturalistas. «En particular, se ha ido afirmando un concepto de democracia que no contempla la referencia a fundamentos de orden axiológico y por tanto inmutables. La admisibilidad o no de un determinado comportamiento se decide con el voto de la mayoría parlamentaria. Las consecuencias de semejante planteamiento son evidentes: las grandes decisiones morales del hombre se subordinan, de hecho, a las deliberaciones tomadas cada vez por los órganos institucionales» (4). El relativismo moral que lleva consigo este pragmatismo convierte a esta instancia en un poder débil incapaz de ejercer un control efectivo sobre los posibles abusos objetivos en la utilización de las técnicas biomédicas.

Sin embargo, la ley del Estado no es el único ni principal marco de referencia de la libertad del hombre. El derecho positivo puede entrar, y de hecho entra, en colisión con la conciencia moral profesional o personal. Tal vez nadie como Sófocles en *Antígona*, ha dado forma universal a este problema existencial, ético y político. Como es sabido, la tragedia se desarrolla en Tebas, donde los hermanos de Antígona, Eteocles

y Polinices, luchaban por el poder. Frente a su hermano que ostentaba el poder, Polinices dispone una campaña contra Tebas; los dos hermanos mueren en la contienda y Creonte toma el poder. Según el derecho griego, Polinices, que se ha levantado en armas contra su propia ciudad, no puede ser enterrado dentro de los límites de Tebas. Moviéndose por la piedad, Antígona contraviene la orden de Creonte y entierra a su hermano intramuros. Descubierta por la guardia cuando preparaba al muerto y daba sepultura al cuerpo de Polinices, es llevada ante el rey:

CREONTE: (...) «Y tú dime sin extenderte, sino brevemente, ¿sabías que había sido decretado por un edicto que no se podía hacer esto?»

ANTÍGONA: Lo sabía. ¿Cómo no iba a saberlo? Era manifiesto.

CREONTE: ¿Y a pesar de ello, te atreviste a transgredir estos decretos?

ANTÍGONA: No fue Zeus el que los ha mandado publicar, ni la justicia que vive con los dioses de abajo la que fijó tales leyes para los hombres. No pensaba que tus proclamas tuvieran tanto poder como para que un mortal pudiera transgredir las leyes no escritas e inquebrantables de los dioses. Estas no son de hoy ni de ayer, sino de siempre, y nadie sabe de dónde surgieron» (5).

¿Qué debe prevalecer, la ley positiva o hay leyes naturales—divinas las llama Antígona—que no surgen del Estado y que, por tanto, pueden sustraerse a su intervención? Tomamos prestado el personaje de Antígona para representar esa otra instancia de poder sobre el poder que, frente a la legislación positiva, constituye la conciencia moral. Aquí encontramos, precisamente, el ámbito de la bioética que tiene un doble objeto: el quehacer científico y el quehacer médico. «La bioética—como afirma Carlo Caffarra—tiene su precedente en la ética y/o deontología médica. Sin embargo (...), no se trata en realidad de la misma disciplina. La ética médica tiene un ámbito (un

(4) Enc. *Fides et ratio*, VII, 89

(5) SÓFOCLES: *Antígona*, Planeta-DeAgostini, 1995, pág. 35.

«objeto material») mucho más restringido. Atañe sólo a la práctica de la medicina, mientras que la bioética no está *per se* limitada a esta práctica, aun cuando, en nuestra sociedad, alguno de los problemas que afronta la bioética de ordinario deban ser resueltos por los médicos» (6).

Sin embargo, este otro poder ético o moral, tampoco garantiza de manera adecuada la subordinación de la ciencia y de la técnica a la dignidad de la persona humana. La razón es que la *dignidad* del ser humano es una palabra tan usada como, desgraciadamente, vacía de contenido o, cuanto menos, de contenido esencial. Piénsese al respecto en las distintas concepciones de la ética y en la mentalidad generalizada de relativismo moral que impera en nuestras sociedades occidentales, y que responde, en definitiva, a la diversidad de respuestas a la que se nos presenta como la pregunta fundamental: ¿quién es el hombre?, ¿cuál es —utilizando el título de la obra de Scheler— el puesto del hombre en el cosmos?

En 1965, Romano Guardini escribía, según hemos citado más arriba, que «el hombre tiene poder sobre las cosas, pero no —seamos prudentes y digamos todavía no— poder sobre el poder». Treinta y tantos años después, aún perdura el prudente «todavía no» del pensador italo-alemán.

La cuestión decisiva es el fundamento de la ética. Éste constituye uno de los retos a los que me refería en el planteamiento de la cuestión, cuya solución requiere un cambio de mentalidad que pasa, según decíamos, por vencer la ignorancia supina y redescubrir el núcleo originario de la cultura occidental. En efecto, Grecia enseña y lega lo que es el hombre en tanto que hombre, la esencia del hombre, esto nos conduce en seguida a la idea de la dignidad del hombre como tal, de cualquier hombre y de la vida humana. Y este legado es algo demasiado olvidado.

El mito del eterno progreso

Volvamos sobre *Antígona*. Sófocles vivió y escribió hace aproximadamente veinticinco siglos. Asistió al nacimiento de la cultura occidental y en su obra laten vigorosos aquellos principios en los que está fundado Occidente que dan a la vida humana su sentido y su valor. Estos principios —como señala Festugière— fueron descubiertos en Occidente por primera vez y de modo definitivo por los griegos:

«El primer principio es el de la *dignidad del hombre como tal*, una vez reconocido lo que es el ser humano en su misma esencia. De este principio resultan los otros dos. El hombre, reconocido en lo que le constituye esencialmente, debe respetarse a sí mismo, no debe rebajarse ante sus ojos. Llegamos así, por una parte, a la paradoja del *Gorgias* de que *vale más sufrir la injusticia que cometerla* —es el segundo principio—, y por otra, a que *es mejor sufrir la muerte que traicionar la verdad o traicionar lo que se impone al ser humano como una ley moral eterna*. Este tercer principio es algo parecido a una consecuencia del segundo; es el segundo principio llevado hasta su límite» (7).

Antígona constituye una recreación de esta experiencia originaria de los griegos. Merece la pena reparar en un hecho de capital importancia implícito en esta tragedia de Sófocles. Polinices recibe el justo castigo por lo que ha hecho; sin embargo, *Antígona* no le dispensa el trato que merecen sus obras, sino su ser. La dignidad del hombre no reside en el *ethos* o segunda naturaleza, sino en su ser. Andando el tiempo, la filosofía medieval distinguirá entre el acto primero y el acto segundo para explicar esta realidad humana que, por otra parte, es conocida a la perfección por cualquier madre. En efecto, el amor maternal, tal vez el amor humano más perfecto y desinteresado, no para en el comportamiento de los hijos para prodigarse con generosidad. Este conocimiento *esencial* capaz de aprehender los

(6) POLAINO-LORENTE, A. (Director editorial): *Manual de bioética*, Rialp, Madrid, 1997, 3.ª ed., pág. 23.

(7) FESTUGIÈRE, A.-J.: *La esencia de la tragedia griega*, Ariel, Barcelona, 1986, pág. 97.

seres que pueblan el universo en su naturaleza más íntima es el fruto de la filosofía. «Filosofar es la forma más pura del *theorein*, del *speculari*, de la mirada puramente receptiva a la realidad, de forma que las cosas sean lo único que da la medida, que decide, y el alma sea exclusivamente lo que es medido por ellas» (8). «Teóricamente en este sentido pleno (mirar de forma puramente receptiva, sin rastro alguno de modificar las cosas, sino precisamente al contrario, estando dispuesto a hacer depender el sí o el no de la voluntad de la realidad del ser, que toma la palabra en el conocimiento esencial)» (9).

El hecho decisivo que hace posible el establecimiento de esos pocos principios que constituyen el núcleo creador de nuestra cultura es este conocimiento contemplativo de la realidad. Sin embargo, a lo largo de la historia de Europa, la mirada contemplativa, desinteresada, cedió lenta pero implacable su lugar a la mirada práctica, interesada. El lema de Roger Bacon «saber para dominar», que sintetiza sus tesis fue, en buena medida, el sustrato sobre el que ha nacido y se ha desarrollado desde Galileo en adelante la investigación científica moderna. Gracias a su método peculiar, la ciencia y la técnica lograron desde el comienzo de la Edad Moderna éxitos sorprendentes. El conocimiento científico se tradujo pronto en capacidad técnica, en dominio de la realidad material, producción de artefactos y aumento del bienestar de los hombres y los pueblos. Como los éxitos se multiplicaron asombrosamente, se llegó a pensar que un conocimiento científico muy elevado traería consigo una técnica muy perfeccionada, un dominio total de la

realidad y un grado sumo de bienestar y felicidad. Se configuró así el *mito del eterno progreso*, la convicción de que el progreso del hombre es lineal, creciente, constante. Debido al immanentismo característico de la actitud moderna, el mito del eterno progreso se convirtió en una de las utopías que han caracterizado el pensamiento occidental, singularmente a partir del Siglo de las Luces. En su ara, han sido y son sacrificadas numerosas víctimas, pues es propio de las utopías usurpar la finalidad en sí misma propia de la persona en favor de la felicidad por venir. Pensemos que la utopía de la ciencia, aún vigente, es causa de numerosas conductas reprobadas por la bioética y la deontología médica. Sin embargo, el pensamiento utópico aún perdura en la cosmovisión del hombre contemporáneo, a pesar de que la Postmodernidad ha declarado el fin de los grandes relatos.

El cientificismo

Otro aspecto esencial para comprender el mundo que nos ha sido dado vivir, consiste en lo que ha venido a denominarse mentalidad científicista o cientismo. Se trata de una corriente de pensamiento según la cual el único conocimiento riguroso que puede tener el hombre de sí mismo y de cuanto le rodea es el conocimiento científico (10). El optimismo cientista del que hemos hablado unido al desprestigio en que cayó la metafísica, desacreditada por los abusos de la especulación, hizo de la exigencia de exactitud la clave del horizonte epistemológico de la Modernidad (11). Si bien es cierto que en los ambientes intelectuales y académicos de vanguardia ya nadie —o casi nadie—

(8) PIEPER, J.: *El ocio y la vida intelectual*, Rialp, Madrid, 1998, 7.ª ed., pág. 97.

(9) *Ibid.*

(10) El lenguaje vulgar, que devela la mentalidad común, suele restringir la palabra ciencia a las ciencias empíricas con exclusión de las ciencias del espíritu. La restricción de la extensión del término ciencia se debe a varios factores: tradición positivista y empirista, criterios lógicos, simple convención o una combinación de los tres.

(11) Dos hitos contemporáneos de la doctrina cientista son el positivismo de Augusto Comte (1798-1857) y el *Círculo de Viena*, fundado en esa ciudad en 1929, de notable y duradera influencia en muchos ambientes intelectuales y culturales del siglo XX.

defiende los excesos positivistas, no lo es menos que el cientismo ha quedado incorporado a la mentalidad compartida por amplísimos sectores de la sociedad —y no precisamente los menos cualificados—, formando parte de las creencias del hombre actual (12). Prueba de ello es el uso que se hace con frecuencia del adjetivo científico («científicamente comprobado») como marchamo de garantía o verosimilitud, por ejemplo, en la propaganda comercial.

Las personas y las épocas que, como la nuestra, están sobreentrenadas científicamente suelen estar tentadas de reducir todo conocimiento a conocimiento científico: actitud cientista. Naturalmente, semejante hipertrofia conduce a una terrible mutilación de los espíritus. Como el estilo de pensar filosófico, el estético, el religioso, etc, no proceden conforme al método científico-experimental, se afirma que no satisfacen las exigencias de la razón humana. Pueden a lo sumo ofrecer intuiciones, «corazonadas», pero no conocimientos válidos. Filosofía, arte y religión han quedado de esta manera excluidas, en el mejor de los casos, a mero solaz de espíritus ociosos; perdiendo, de hecho, el noble papel rector hasta entonces desempeñado de iluminar la vida de los hombres y de la sociedad. La vigencia de este planteamiento queda patente en debates abiertos en nuestro país en el campo de la enseñanza, en torno a las asignaturas de humanidades en los *curricula* educativos. El cientismo no logra descubrir que la realidad —singularmente la realidad humana— es compleja, y que cada aspecto de lo real exige un método peculiar de conocimiento para darse a conocer. Las vertientes de la

realidad que estudian el arte, la filosofía, la ética o filosofía moral, la religión y otras disciplinas semejantes no pueden ser captadas, efectivamente, por el conocimiento científico, no tienen cabida en un tubo de ensayo. Sin embargo, estas realidades son, precisamente, las más importantes para que la existencia del hombre tenga sentido. Como afirma Gabriel Marcel, no es que nosotros desconfiemos de la ciencia, sino que denunciamos la ilusión de aquellos que aguardan de ella lo que en ningún caso puede dar: conferir un sentido a nuestra vida (13).

La mentalidad tecnocrática

De la mano del cientismo se incorpora a la mentalidad occidental la tecnocracia. La ciencia experimental de la naturaleza es útil ya que sirve para dominarla. Una vez que el secreto científico de la naturaleza fue descubierto se inició el proceso de desarrollo de la técnica. La naturaleza, contemplada durante largos siglos como *explicitatio Dei*, un despliegue de la divinidad, a partir de la Edad Moderna pasa a ser un objeto frente a un sujeto; una cosa que el hombre debe dominar para utilizarla en provecho propio. Heidegger dijo de la técnica que es una expresión de la voluntad de poder del hombre, y Romano Guardini afirma que «en el tema de la técnica lo que está en juego no es ni la utilidad ni el bienestar, sino el poder» (14). Voluntad de poder y técnica, potenciándose mutuamente, contribuyen de manera decisiva a la instauración y vigencia en el tiempo del ideal de dominio que hemos tratado más arriba.

(12) Utilizamos la palabra creencia no en el sentido vulgar, sino en aquel que le da Ortega y Gasset. «Las ideas —escribe en *Ideas y creencias*— se tienen; en las creencias se está». Mientras que las ideas aparecen como el resultado de nuestra ocupación intelectual, las creencias, generalmente poco elaboradas, operan de manera inconsciente en el pensamiento de los hombres y rigen su conducta. Aunque los miembros de una sociedad determinada no tengan conciencia clara de tales creencias, sin embargo, están presentes, poderosas y operantes, y funcionan cada vez que hay que tomar una determinación o juzgar acerca de la bondad o maldad de un acto.

(13) Cf. *Four une sagesse tragique et son au-delà*, Plon, París, 1968, pág. 291 sigs. Ahí radica la falsedad del mito del eterno progreso, puesto que la felicidad del hombre pasa necesariamente por encontrar un sentido a su existencia.

(14) Cf. GUARDINI, R.: *op. cit.*, pág. 115.

En cuanto puro medio, la técnica es moralmente neutra. Pero más allá del uso legítimo o ilegítimo que pueda hacerse de ella, debemos hacernos la siguiente pregunta: ¿cuál es la mentalidad concreta que engendra —si no estamos en guardia— una civilización cada día más protagonizada por la técnica? De la misma manera que el hombre puede llegar a ser esclavo de sus hábitos, también puede llegar a serlo de sus técnicas. Existe el riesgo —inadvertido y, por ende, difícilmente evitable— de asimilar una mentalidad tecnocrática que falsee las auténticas relaciones del hombre con el mundo, consigo mismo, con los demás... «La mentalidad tecnocrática es un mal porque extiende al conjunto de la realidad, y notablemente al hombre, modos de pensar y de actuar que sólo se justifican respecto a las cosas» (15). Dicho de otro modo, la omnipresencia de la técnica que media prácticamente todas las relaciones del hombre constituye una amenaza constante y, las más de las veces, inconsciente, de terribles consecuencias. Amenaza que consiste en aplicar categorías propias de la técnica (poder, utilidad, dominio, rendimiento, función, etc) a la realidad personal, al hombre, y tratarlo de ese modo como mero objeto, simple medio para fines distintos del hombre mismo o, como de hecho ocurre, para los fines del Estado, de la política, de una ideología, de la ciencia o de la producción empresarial.

La mentalidad tecnocrática forma parte como la cientista de las creencias del hombre contemporáneo y explica muchos rasgos de nuestro mundo, de ese mundo de las conquistas científicas y técnicas que es al mismo tiempo un mundo doliente e insatisfecho.

La decadencia de Occidente

En alguna ocasión, y con ánimo de despertar las conciencias, he afirmado de manera

un tanto hiperbólica que Occidente ya no existe. Lo que caracteriza una civilización no es tanto lo que los hombres hacen, como la idea que los hombres se hacen de lo que deben hacer. Así, si pensamos en los principios antes mencionados en los que encuentra su fundamento la civilización occidental y los comparamos con la idea contemporánea de lo que el hombre debe hacer, no resulta tan descabellada mi afirmación acerca de la muerte de occidente. *La decadencia de occidente*, según tituló Spengler su famosa obra, no es cosa de un día. Sería largo de explicar el proceso histórico en pormenor. Sin embargo, resulta muy aleccionador conocer la génesis histórica de las creencias del hombre contemporáneo que determinan sus relaciones con la realidad en sentido amplio.

Numerosas cuestiones y problemas que la humanidad tiene planteadas en la ruleta de la historia, como los problemas que suscita el progreso científico y las técnicas bio-médicas en el ámbito de la ética de la vida precisan antes de ser solucionadas —si deseamos soluciones universales y necesarias— un cambio de mentalidad que permita superar la crisis de occidente en su estrato más profundo; a saber, en la pregunta por el hombre, por la naturaleza y propósito de la existencia humana. Las cuestiones primarias tienen precedencia sobre las secundarias. Hasta que nuestra cultura no les haya dado respuesta cabal es imposible que las cuestiones secundarias adquieran sentido y respuesta definitiva. Las preguntas bioéticas requieren solventar previamente la cuestión antropológica. A su vez, y a lo que se nos alcanza, dicha solución pasa por un cambio de mentalidad, por el abandono a nivel consciente de la homogeneidad de la inteligencia práctica a favor de la inteligencia contemplativa que dio origen a Occidente.

El problema central de la humanidad en el paso del siglo XX al XXI es el problema an-

(15) TOISFONTAINES, Roger: *De l'existence a l'être. La philosophie de Gabriel Marcel*, Nauwelaerts, Louvain-Paris, 1968, vol. 1, pág. 77. Numerosos autores han tratado este tema. La «mentalidad tecnocrática» (Marcel) es lo que, con otros términos, Max Horkheimer describe bajo el nombre de «razón instrumental».

tropológico. La crisis de la civilización occidental es una crisis de la concepción de la persona. Cobran por eso más sentido que nunca las palabras del romántico alemán Schelling en el prefacio a su *Vom Ich*: «Proveed al hombre de la conciencia de lo que efectivamente es y aprenderá inmedia-

tamente a ser lo que debe; respetadlo teóricamente y el respeto práctico será una consecuencia inmediata» (16). ◀

Ángel Sánchez-Palencia Martí, Centro Universitario «Francisco de Vitoria», Universidad Complutense de Madrid

(16) Citado por MELENDO, T., y MILLÁN-PUELLES, L.: en *Dignidad: ¿una palabra vacía?*, EUNSA, Pamplona, 1996, págs. 26-27.